



A todos los chicos de los que me enamuré

JENNY
HAN



DESTINO

A todos los chicos de los que me enamoré

JENNY HAN

Traducción de Marta Becerril Albornà



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *To All The Boys I've Loved Before*
© del texto: Jenny Han, 2014
© de la traducción: Marta Becerril Albornà, 2014
© Editorial Planeta S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2014
ISBN: 978-84-08-12844-1
Depósito legal: B. 10.834-2014
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Josh es el novio de Margot, pero podría decirse que toda mi familia está un poco enamorada de él. No soy capaz de asegurar quién de nosotros lo está más. Antes de ser el novio de Margot, era sólo Josh. Siempre estuvo ahí. Digo siempre, aunque supongo que no es cierto. Se mudó a la casa de al lado hace cinco años, pero tengo la sensación de que siempre ha estado ahí.

Mi padre quiere a Josh porque es un chico y mi padre está rodeado de chicas. Lo digo en serio: se pasa el día rodeado de mujeres. Mi padre es ginecólogo, y resulta que también es padre de tres hijas, así que no hay más que chicas, chicas y más chicas todo el día. También le gusta Josh porque éste es aficionado a los cómics y le acompaña a pescar. Mi padre intentó llevarnos a pescar una vez y yo lloré porque los zapatos se me ensuciaron de barro, Margot lloró porque se le mojó el libro y Kitty lloró porque seguía siendo prácticamente un bebé.

Kitty quiere a Josh porque juega a cartas con ella y no se aburre. O al menos, finge no aburrirse. Llegan a acuerdos entre ellos: «Si gano la próxima mano, tienes que prepa-

rame un sándwich tostado de mantequilla de cacahuete crujiente, sin corteza». Kitty es así. Al final, seguro que no queda mantequilla de cacahuete crujiente y Josh dirá: «Mala suerte, escoge otra cosa». Pero Kitty insistirá hasta el agotamiento y Josh saldrá a comprar un poco. Josh es así.

Si tuviese que explicar por qué lo quiere Margot, creo que quizá respondería que porque todos lo queremos.

Estamos en el salón; Kitty está pegando fotos de perros en un pedazo gigante de cartón. Está rodeada de papelitos y de retales. Canturreando para sí, dice:

—Cuando papi me pregunte qué quiero por Navidad, le responderé: «Escoge una de estas razas y estaremos en paz».

Margot y Josh están en el sofá; yo estoy tumbada en el suelo, viendo la tele. Josh ha preparado un gran bol de palomitas y estoy entregada a él, un puñado de palomitas tras otro.

Aparece un anuncio de perfume: una chica corre por las calles de París con un vestido de espalda descubierta de color orquídea, fino como un pañuelo de papel. ¡Qué no daría por ser esa chica del vestido liviano como el papel correteando por París en primavera! Me incorporo de repente y me atraganto con una palomita. Entre tos y tos, exclamo:

—¡Margot, encontrémonos en París para las vacaciones de primavera!

Ya me imagino a mí misma revoloteando con un macarrón de pistacho en una mano y uno de frambuesa en la otra.

A Margot se le iluminan los ojos.

—¿Crees que papá te dará permiso?

—Claro que sí: es un viaje cultural. Tendrá que dármelo.

Pero también es verdad que nunca he viajado sola en avión. Ni tampoco he viajado al extranjero. ¿Margot y yo nos encontraríamos en el aeropuerto o tendría que encontrar la pensión yo sola?

Josh debe de notarme la súbita preocupación en la cara, porque dice:

—No te preocupes. Seguro que tu padre te dará permiso si yo te acompaño.

Me animo al instante.

—¡Sí! Podemos dormir en una pensión y tomar pasteles y queso en todas las comidas.

—¡Podemos visitar la tumba de Jim Morrison! —añade Josh.

—¡Podemos ir a una *parfumerie* y encargarnos nuestros perfumes personalizados! —exclamo, y Josh suelta un bufido de risa.

—Mmm, estoy casi seguro de que eso de encargarnos perfumes personalizados en una *parfumerie* costaría lo mismo que una estancia de una semana en una pensión —comenta y le da un empujoncito con el codo a Margot—. Tu hermana sufre delirios de grandeza.

—Es la más sofisticada de las tres —asiente Margot.

—¿Y yo, qué? —gimotea Kitty.

—¿Tú? Tú eres la chica Song menos sofisticada. Por las noches tengo que suplicarte que te laves los pies, por no hablar de ducharte —respondo en tono burlón.

Las facciones de Kitty se arrugan y se pone roja.

—No hablaba de eso, pájaro dodo. Hablaba de París.

Me la quito de encima con ligereza.

—Eres demasiado pequeña para quedarte en una pensión.

Kitty gatea hasta Margot y se sienta en su regazo, a pesar de que tiene nueve años, y por lo tanto es muy mayor como para sentarse en el regazo de alguien.

—Margot, tú me dejarás ir, ¿verdad?

—Quizá podrían ser unas vacaciones familiares. Podrías ir tú y Lara Jean, y también papá —responde Margot, y le da un beso en la mejilla.

Frunzo el ceño. Ése no es el viaje a París que me había imaginado. Por encima de la cabeza de Kitty, Josh articula en silencio: «Lo hablamos luego», y yo levanto discretamente los pulgares a modo de respuesta.

Es de noche. Josh se ha ido hace rato. Kitty y papá están dormidos. Nosotras estamos en la cocina. Margot está sentada a la mesa con su ordenador; yo estoy sentada a su lado, haciendo bolas de masa de galleta y cubriéndolas de canela y de azúcar. Las hago para recuperar el favor de Kitty. Antes, cuando fui a darle las buenas noches, Kitty se dio la vuelta y no quiso hablar conmigo porque está convencida que la dejaré fuera del viaje a París. Mi plan consiste en dejar las galletas recién horneadas en un plato junto a su almohada para que se despierte con su aroma.

Margot ha estado súper callada y, de repente, sin venir a cuento, levanta la vista de la pantalla y dice:

—Esta noche he roto con Josh. Después de la cena.

La bola de masa de galleta se me cae de entre los dedos y aterriza en el bol de azúcar.

—Había llegado el momento —añade. No tiene los ojos enrojecidos; no ha estado llorando. Al menos, eso creo. Su tono de voz es tranquilo y monocorde. Cualquiera que la

viese pensaría que Margot está bien. Porque Margot siempre está bien, incluso cuando no lo está.

—No sé por qué teníais que romper. El hecho de que te marches a la universidad no significa que debáis romper.

—Lara Jean, me marchó a Escocia, no a la Universidad de Virginia. Saint Andrews está a seis mil kilómetros de distancia. ¿Qué sentido tendría? —me pregunta, mientras se sube las gafas.

No puedo creer lo que dice.

—El sentido es que se trata de Josh. Josh, ¡el chico que te quiere más de lo que ningún chico haya querido nunca a ninguna chica!

Margot pone los ojos en blanco. Cree que estoy siendo melodramática, pero no es cierto. Es la verdad, así es lo mucho que ama Josh a Margot. Nunca se fijaría en ninguna otra chica.

De repente, dice:

—¿Sabes lo que me dijo mamá una vez?

—¿Qué?

Por un momento, me olvido completamente de Josh, porque no importa lo que esté haciendo, tanto si Margot y yo estamos en mitad de una discusión como si está a punto de atropellarme un coche, siempre me detendré a escuchar una historia sobre mamá. Cualquier detalle, cualquier recuerdo que Margot conserve, yo también quiero tenerlo. De todos modos, soy más afortunada que Kitty. Ésta no guarda ningún recuerdo de mamá que no le hayamos dado nosotras. Le hemos contado tantas historias y tantas veces que ahora le pertenecen.

—¿Os acordáis de cuando...? —comienza. Y entonces cuenta la historia como si hubiese estado allí de verdad y no hubiese sido un bebé por aquel entonces.

—Me dijo que intentase no ir a la universidad si tenía novio. Dijo que no quería que fuese la chica que llora al teléfono cuando habla con su novio y que dice que no a las cosas en lugar de decir que sí.

Supongo que Escocia es el sí de Margot. Distraída, tomo una cucharada de masa de galleta y me la meto en la boca.

—No deberías comerte cruda la masa de galleta —me advierte Margot.

No le hago ningún caso.

—Josh nunca sería un lastre. Él no es así. ¿Te acuerdas de cuando decidiste presentarte a las elecciones para el consejo de estudiantes y se convirtió en tu director de campaña? ¡Es tu fan número uno!

Después de oír mi comentario, Margot hace un puchero y yo me levanto y me arrojo a sus brazos. Echa la cabeza atrás y me sonrío.

—Estoy bien —dice, pero no lo está. Sé que no lo está.

—Todavía no es demasiado tarde, ¿sabes? Puedes ir hacia allá ahora mismo y decirle que has cambiado de opinión.

Margot niega con la cabeza.

—Ya está hecho, Lara Jean —contesta. La suelto y cierra el portátil—. ¿Cuándo terminarás la primera tanda? Tengo hambre.

Le echo un vistazo al temporizador magnético de la nevera.

—Faltan cuatro minutos.

Vuelvo a sentarme y replico:

—Me da igual lo que digas, Margot. No habéis terminado. Le quieres demasiado.

Margot niega con la cabeza.

—Lara Jean —empieza, en su típico tono paciente,

como si yo fuese una niña y ella una anciana sabia de cuarenta y dos años.

Agito una cucharada de masa de galleta bajo su nariz, y Margot titubea un momento y abre la boca. Se lo doy de comer como si fuese un bebé.

—Espera y verás. Josh y tú volveréis a estar juntos en un día, o puede que dos.

Incluso mientras lo digo, sé que no es verdad. Margot no es el tipo de chica que rompe y luego vuelve con alguien por capricho; una vez se ha decidido, eso es todo. No se anda por las ramas, no se anda con remordimientos. Como suele decir: cuando se ha terminado, se ha terminado.

Desearía (y he pensado en esto muchas, muchas veces, demasiadas como para contarlas) ser más como Margot. Porque en ocasiones tengo la sensación de que nunca habré terminado.

Luego, después de lavar los platos y de dejar las galletas en la almohada de Kitty, subo a mi habitación. No enciendo la luz. Voy a la ventana. Las luces de Josh siguen encendidas.

A la mañana siguiente, Margot prepara el café y yo sirvo los cereales en un bol. Suelto lo que llevo pensando toda la mañana:

—Que lo sepas. Papá y Kitty se van a llevar un disgusto.

Cuando Kitty y yo nos estábamos cepillando los dientes un rato antes me sentí tentada de irme de la lengua, pero Kitty seguía enfadada conmigo por lo del día anterior, así que mantuve la boca cerrada. Ni siquiera mencionó las galletas, aunque sé que se las había comido porque en el plato sólo quedaban migajas.

Margot suelta un gran suspiro.

—¿Así que debo quedarme con Josh por papá, Kitty y tú?

—No, sólo era un comentario.

—Tampoco vendrá mucho por aquí cuando me haya marchado.

Frunzo el ceño. No se me había ocurrido que Josh dejaría de venir una vez Margot se hubiese ido. Venía de visita mucho antes de que se convirtiesen en pareja, así que no entiendo por qué iba a dejar de venir a partir de ahora.

—Puede que venga. Quiere mucho a Kitty.

Margot aprieta el botón de encendido de la cafetera. La estoy observando súper minuciosamente porque Margot siempre ha sido la encargada de preparar el café y yo nunca lo he hecho y, ahora que se marcha (sólo quedan seis días), más me vale saber cómo lo hace. De espaldas a mí, dice:

—Puede que ni se lo cuente.

—Mmm, creo que se darán cuenta cuando no esté en el aeropuerto, Gogo. —Ése es el apodo que le he puesto a Margot. Gogo, como en las botas de las gogós—. ¿Cuántos vasos de agua has puesto? ¿Y cuántas cucharadas de café?

—Te lo apuntaré todo en el cuaderno —me asegura Margot.

Tenemos un cuaderno junto a la nevera. Idea de Margot, claro. Contiene todos los números de teléfono importantes, el horario de papá y el del transporte compartido de Kitty.

—Acuérdate de añadir el número de la tintorería nueva.

—Hecho.

Margot trocea un plátano para los cereales. Todas las rodajas son perfectas.

—Además, Josh tampoco nos habría acompañado al aeropuerto. Ya sabes lo que opino de las despedidas.

Margot hace una mueca, como si dijera: «¡Puf, sentimientos!».

Lo sé perfectamente.

Cuando Margot decidió irse a una universidad de Escocia, me sentí traicionada. A pesar de que sabía que el momento se aproximaba, porque era obvio que Margot se iría a una universidad lejana. Y era obvio que se marcharía

a Escocia para ir a la universidad a estudiar antropología, porque es Margot, la chica de los mapas, los libros de viaje y los planes. Era evidente que algún día nos iba abandonar.

Sigo estando enfadada con ella, pero sólo un poquito. Sólo un poquitín. Sé que ella no tiene la culpa, pero se marcha muy lejos, y siempre dijimos que seríamos las chicas Song para siempre. Margot primero, yo en medio, y mi hermana Kitty, al final. En su certificado de nacimiento, es Katherine; para nosotras es Kitty.

De vez en cuando, la llamamos Gatita, porque es el apodo que le puse al verla después de nacer: parecía un gatito flacucho y sin pelo.

Somos las tres chicas Song. Antes éramos cuatro. Mi madre, Eve Song. Evie para mi padre, mamá para nosotras, Eve para todos los demás. Song es (era) el apellido de mi madre. Nuestro apellido es Covey. Pero la razón de que seamos las chicas Song y no las chicas Covey es que mi madre acostumbraba a decir que sería una chica Song de por vida y Margot dijo que, en ese caso, nosotras también deberíamos serlo. Song es el segundo nombre de todas y, de todos modos, parecemos más Song que Covey. Al menos, Margot y yo; Kitty se parece más a papá: tiene el pelo de un castaño claro como él. La gente dice que soy la que más se parece a mamá, pero yo creo que es Margot, con sus pómulos altos y ojos oscuros. Ya han pasado seis años y a veces parece que fue ayer cuando estaba aquí y, otras veces, parece que nunca lo estuvo, que sólo fue un sueño.

Esa mañana fregó el suelo; resplandecía, y todo olía a limones y a limpio. El teléfono sonó en la cocina, fue corriendo a contestar y resbaló. Se golpeó la cabeza en el sue-

lo y quedó inconsciente, pero luego se despertó y se encontraba bien. Fue su intervalo de lucidez. Así es como lo llaman. Poco después dijo que le dolía la cabeza, fue a echarse un rato en el sofá y ya no despertó.

Margot fue quien la encontró. Tenía doce años. Se ocupó de todo: llamó a urgencias; llamó a papá, y me dijo que cuidase de Kitty, que entonces sólo tenía tres años. Le encendí el televisor a Kitty en el cuarto de los juguetes y me senté con ella. Eso fue todo lo que hice. No sé qué habría hecho si Margot no hubiese estado allí. Aunque Margot sólo tiene dos años más que yo, la admiro más que a nadie.

Los demás adultos se admiran cuando descubren que papá es un padre viudo. «¿Cómo lo consigue? ¿Cómo se las arregla él solo?» La respuesta es Margot. Ella ha sido la organizadora desde el principio, todo etiquetado y programado y ordenado en filas iguales.

Margot es una buena chica, y supongo que Kitty y yo seguimos sus pasos. Nunca he mentido, ni me he emborrachado, fumado un cigarrillo o siquiera tenido un novio. A veces bromeamos con papá y le recordamos lo afortunado que es de que seamos tan buenas, pero la verdad es que nosotras somos las afortunadas. Es un gran padre. Y se esfuerza mucho. No siempre nos comprende, pero lo intenta, y eso es lo que cuenta. Las tres chicas Song tenemos un pacto tácito: hacerle la vida lo más fácil posible a papá. Aunque quizá no sea tan tácito; ¿cuántas veces he escuchado a Margot decir: «Shh, silencio, papá está echándose una siesta antes de volver al hospital» o «No molestes a papá con eso, hazlo tú misma»?

Le pregunté a Margot cómo pensaba que serían las cosas si mamá no hubiese muerto. ¿Pasaríamos más tiempo

con su lado de la familia y no sólo Acción de Gracias y el día de Año Nuevo? O si...

Margot no le ve el sentido a hacerse preguntas. Vivimos como vivimos. No tiene sentido preguntarse qué habría pasado. Nadie podría darte las respuestas. Me esfuerzo, de verdad que lo hago, pero me cuesta mucho aceptar este modo de pensar. Siempre me estoy preguntando por los «¿y si...?», por los caminos no seguidos.

Margot y papá bajan al mismo tiempo. Margot le sirve a papá una taza de café solo y yo le sirvo a Kitty un tazón de cereales. Se lo pongo delante y ella aparta la cara y saca un yogur de la nevera. Se lo lleva al salón para comérselo delante de la tele. Es decir, sigue enfadada.

—Luego me pasaré por Costco, así que preparad una lista de todo lo que necesitáis —comenta papá mientras toma un buen sorbo de café—. Creo que compraré filetes para cenar. Podemos prepararlos a la barbacoa. ¿Compró uno también para Josh?

Vuelvo la cabeza de un bandazo en dirección a Margot. Ésta abre la boca y vuelve a cerrarla. Al final, responde:

—No, sólo para nosotros, papá.

Le lanzo una mirada reprobadora, pero no me hace caso. Nunca había visto a Margot acobardarse, pero supongo que, en asuntos del corazón, es imposible prever cómo va a comportarse alguien.